

Un encuentro casual

Esther



Un  
encuentro  
casual

Gala Gon

# Capítulo 1

Se recomienda leer el relato entero en una vez.

Que lo disfrute.

Estaba de pie esperando el autobús y ya estaba nerviosa en ese momento. Me andabas siguiendo desde que nos vimos en la cafetería. Yo te vi a ti, luego tú me miraste, y se deslizó lentamente una sonrisa de lobo en tu boca que me asustó.

Al ir a la barra para hacer el pedido me daba vergüenza y apuro pensar que estabas detrás de mí, mirando, hasta que me vino un olor especial varonil pero casi cítrico. Una sombra apareció por el rabillo de mi ojo derecho y no me atreví a mirar pues estaba estúpidamente centrada en ver cómo una camarera me servía y pesaba los croissants. Hasta que la sombra me rozó la piel del brazo. Me giré y ahí estabas, esperando a que te cobraran, sin mirarme. No quería rollos, soy muy de ir a la mía, pero era uno de "esos" días y tú una de esas raras excepciones a las que me siento atraída con un simple vistazo.

Aparté el brazo porque no quería que pensaras que me interesabas de ninguna manera. Los tíos tenéis algunos el ego muy alto y una sola mirada de una chica normal os lo eleva hasta el quinto cielo. Esperaba alguna estúpida contestación tan manida como mil veces dicha por cada persona del planeta: "tranquila, no muerdo de normal" seguida por un "sino me lo pides". Pero te quedaste donde estabas, y seguiste sin mirarme. Y a la que le bajó el ego fue a mí. Mi interés subió. Pero te despacharon y te fuiste sin pronunciar una palabra, dejando a tu paso la esencia de tu olor que casi me parecía ver en el aire.

A mi alrededor todo seguía su ritmo normal, la chica de detrás de la barra me miraba sin pestañear. Le di lo que le debía y salí. Di unos pasos y busqué alrededor, pero no te vi. Así que, desilusionada, seguí el camino hacia mi siguiente parada, el semáforo. Esta zona de la ciudad está cerca de su aeropuerto por lo que, a veces, algunos aviones vuelan muy bajos y su ruido de motores acalla todo sonido diurno y, por un instante, la vida me parece detenida excepto por una mancha negra que seguía en movimiento hacia delante: tú.

Estabas en la acera de enfrente, nos separaba una carretera de doble sentido. Te paraste cuando te miré y giraste la cabeza hacia mí. Todos volvieron a hablar, se volvió a escuchar los coches, los gritos de repartidores descargando la mercancía de sus furgonetas y yo seguí adelante, mirando al suelo tragándome la angustia del miedo que me

produce el placer y la vergüenza de mí misma ante tu mirada. Ante tu descubrimiento del abandono en mi propio cuerpo. Ante la fuerza de tu expresión confiada. Y me seguiste.

Estaba cohibida y apurada. Tenía miedo de todo. De hacer lo que deseaba y despreciarme. Pero eso lo solucionaste poniéndome más cachonda que nerviosa y sólo ansiosa por llenar el hueco más profundo de mi cuerpo: el que tapan mis bragas.

Ya no podía parar de mirarte sabiendo que continuabas tu camino en paralelo a mis pasos. Ambos llegamos a la vez a un semáforo, situado en medio de la larga avenida. Nos quedamos quietos, esperando a que se pusieran verdes, yo para seguir adelante y tú... para cruzar a mi acera.

Se me paró el corazón y los pies. Empezaste a caminar en línea recta hacia mí, la sangre empezó a bombearme de lleno de puro terror, vergüenza y deseo. Te detuviste al llegar y miraste al frente sin verme. Y desperté. Respiré y empecé a caminar deprisa intentando evitar girarme para ver tu camisa negra de nuevo detrás de mí.

Puse mi mente en blanco dejando que toda la alarma se evaporara para sentirme yo misma, al cargo de nuevo. Me relajé un poco, y me decepciona el no haberme atrevido a devolverte el toque, a sonreírte en la cafetería.

Una luz roja me paró en el camino y una mancha negra se desplazó por mi lado derecho. No parpadeo. No respiro. Sólo giro lentamente el cuello para volver a verte ahí, a mi lado.

El semáforo ya se había puesto en verde pero ambos seguíamos parados, tú mirando hacia delante y yo hacia ti.

Al final me cohibió la gente a nuestro alrededor que nos miraba con curiosidad. Y anduve unos pasos tentativamente hasta el siguiente bordillo. Y me quedé frente a ti, esta vez lo hice, me daba igual. Te quedaste ahí dándome espacio. Y se puso rojo otra vez, me di media vuelta y seguí mi camino en línea recta.

Bastante convencida de que habíamos comenzado un juego, me cercioré de ello: tus ojos me miraban fijos, después apareció esa sonrisa lobuna, de caza. La sangre bombeó hacia mi cara, mis piernas y brazos, débiles, mi andar desequilibrado. Me estabas siguiendo y quería que lo hicieras. Yo también sonreí, estaba al cargo de nuevo, ¿no? No cambié mi rumbo, no paré, quería hacerte dudar, ponértelo difícil. Pero tu desinhibición y seguridad exudan experiencia, seguro que hueles la verdad del ser, del miedo y la excitación a distancia. Respiras a tu presa ideal. La localizas, la tientas, la pruebas, y si te gusta, te la comes. Y hoy, ambos estábamos

hambrientos.

Una ligereza me entró, pues pensaba que ahora me estaba divirtiendo pero eso no me quitaba la gelatina de las piernas. Seguía nerviosa y acojonada y excitada. Tenía la sonrisa de histérica, la boca cerrada pero los labios bien estirados. No cambio mi destino al ver la parada. Me crecen matojos de dudas que deshecho antes de leerlas más detenidamente, pero las sensaciones se quedan grabadas, para cuando tenga tiempo de pensarlas.

¿Qué, si no quiero seguir y él sabe que bus cojo, o donde está mi casa? ¿Y si sube y me sigue hasta casa? ¿Me he depilado?

Y llegué aquí, me apoyé en uno de los pilares que sostienen el techo de la parada y el banco para sentarse, que ya estaba completo. Giré el cuello para mirar por donde ibas, para asegurarme que me continuabas siguiendo. Caminabas lentamente, no hacia mí, pero sí me mirabas. Durante ese momento quiero conservar algo de dignidad y darte la sensación de que, al volverme para mirar al frente, ya me he olvidado de ti. Sin embargo, aunque nuestra aventura hubiera acabado aquí, tus ojos me habían dejado ya marcada.

Me vuelvo hacia el lado contrario para verte pasar, para fijarme bien en tu andar y en tu trasero si lograba distinguirlo entre tanto negro y suaves ondulaciones, pero no te veo. Me contengo de girarme por completo por poco. Tan, tan poco como el olor de tu camisa.

No solo te huelo, sino que cuando todo lo demás deja de hacer ruido en la calle, puedo sentir tu respiración y el calor que emana tu cuerpo robando mi parte de aire en mi espacio existencial.

Un solo paso hacia delante sería suficiente para apartarme de ti y adentrarme en la homogenización con los demás, en sumergirme en la nada que forma el todo.

Pero para ti ya se han acabado los juegos, ¿verdad? Me has dado margen y yo te he buscado, me has perseguido y me ha gustado. Lo único que necesitabas para tenerme era un no.

Lo que antes me quitaba tu calor, ahora lo hace el roce de tu ropa. El pánico estalla y si antes el shock no me había hecho reaccionar, esto me va hacer saltar hasta la carretera, pero entonces, justo cuando veo la imagen del alquitrán gris en mi mente, me agarras el hombro y todo se ajusta a la realidad.

Veo en rojo tu perfil borroso: has inclinado la cabeza poniendo tu respiración en mi oreja y, más abajo, lentamente bajando, hasta el cuello. Casi estoy experimentando la sensación que produce la piel de los

labios con la del cuello, unos tan calientes, la otra tan fina... me hueles. De arriba abajo me pones la piel de gallina.

Estamos en la calle pero siento como si estuviéramos metidos en un armario, escondidos del resto, donde nadie nos puede ver. Las puertas casi parecen palpables pues la gente pasa a nuestro alrededor como si algo nos acordonara. Estamos medio protegidos por el pilón en el que se apoya uno de los extremos del techo de la parada, tapa lo más tabú para algunos de los que están esperando su autobús: lo que se debe de hacer por la noche de fiesta, en privado o en pareja. Pero está ocurriendo a plena luz del día. Tengo los ojos medio cerrados y mi respiración es superficial, como si mis pulmones ya estuvieran llenos.

Cojo aire y abro mucho los ojos, me has metido tus dedos dentro del pelo, en la base de la nuca. Mi hombro está libre ahora, pero no mi cuerpo. Mueves los dedos acariciando mi sensible piel. No puedo evitar encogerme un poco, tu roce me produce escalofríos. Me repasas toda la línea recta hasta el hombro izquierdo, para relajarme ante ti. Y vuelves al centro de lo que me mantiene en pie y deslizas un solo dedo en mi columna y el resto de las yemas abiertas bajando alrededor. Quiero gemir. Cierro los ojos y un sonoro suspiro se escapa desde lo más profundo de mi garganta. Quiero estirarme hacia atrás, como un desprecero de deseo por tus dedos y vacío por mis huecos.

Pero solo contraigo los músculos de mi espalda y un poco mis hombros. Tengo los ojos cerrados, esforzándome por mantener la cabeza recta. Tú, sin embargo, no te has movido, me da miedo mirarte, siento tus ojos atentos a mis movimientos. A las respuestas de tus caricias. No. Abro los ojos. Me tenso. Con los dedos de tu otra mano estás bordeando la cintura de mi pantalón sin tocar mi piel. Notas el cambio porque paras de acariciarme la espalda y subes... Subes tus yemas hasta la base de mi nuca y aprietas. Se me contraen los músculos de todo el cuerpo de golpe y abro durante un instante mucho los ojos.

Sonrío y me relajo. Pero no me sueltas. Y me gusta. Oh, sí que me gusta. Te estás imponiendo, ¿verdad? Lo tomo o lo dejo. ¿A tu manera o a la de ninguna? ¿Vas a llegar hasta ahí? ¿Me lo vas a hacer saber?

Te inclinas hasta que tu frente toca mi cráneo. Aprietas tu agarre. Sueltas aire de golpe por la nariz. Casi espero un gruñido, pero justo entonces te separas y quitas tu mano de mi cuello para dejarla encima de mi codo. Sí. Me harás hacer las cosas a tu manera, pero, ¿hasta qué punto?

Abro los ojos, no físicamente sino los que me hacen ver la realidad. Miro alrededor, hay un par de personas mirando y me pongo nerviosa. Te apoyas en el pilón y me sueltas de todas partes, parecía como si me hubieras tenido cogida de todo el cuerpo con sólo 2 manos, pero seguimos muy cerca, mis hombros sienten tu torso, tu pelvis mi trasero. Me giro y

estás sonriendo o riéndote de mí, no sé. Me da tal subidón de adrenalina que me bajaría los pantalones y te follaría ahí mismo.

Me estás dando una segunda oportunidad para alejarme, para recapacitar me digo a mi misma. Viene el autobús, doy un pasito adelante. Ya no te ríes, solo me miras fijamente. Te cojo del antebrazo y te separas de la columna. No voy a dejar pasar esta oportunidad, pocas veces se dan estos encuentros en los que me explotan todas las hormonas del deseo y soy correspondida.

Me sigues.

Y tu sonrisa de lobo también.

Podría estar loca. Podría ser una traficante de órganos. O una caníbal. Así que tú también corres un riesgo al venirme conmigo. No soy así, en parte.

Los nervios me paralizan el cuerpo comenzando por el estómago hasta las piernas, dejándome la cara petrificada, antes de volver a sentir tus caderas empujando mi trasero, con un solo paso apartas el poco aire que hay entre nuestro cuerpos, para que suba el escalón que nos llevará de viaje.

Al entrar se siente ese intenso calor resultante de llevar varias horas al sol, a pesar de estar casi todas las ventanitas abiertas y gran cantidad de asientos libres. Te he pagado el billete, llevo bonobús pues no suelo coger este medio de transporte. Ni a esta hora desde que dejé de trabajar. Veo de pasada un termómetro de esos que también sirven de reloj, son las 12:03.

Voy a sentarme en mi asiento favorito justo en la segunda fila donde me siento más cómoda y más tranquila, pensando que, al estar cara al resto del bus y sus pocos pasajeros, todo estaría más controlado. Seguridad irradia ese asiento. Me agarro de la primera fila, subo un pie al escalón y no puedo seguir. Me tiras del brazo para que baje. Me guías hasta el fondo donde hay un par de asientos casi escondidos entre los que están en un escalón superior, encima del motor y los de delante con espacio para cuatro.

Estoy frente a ellos con tu pecho pegado a mi brazo, tus brazos estirados como una barrera en medio del pasillo. Te miro. Me miras. Solo me miras. Y subo. Agacho la cabeza una vez sentada. Trago. Giro el cuello hacia la gran ventana con letras rojas avisando de ser salida de emergencia. No está mal saberlo en ocasiones como esta.

El corazón no me va a mil por hora, sino que parece haberse parado al sentarme. El miedo anula sus latidos. Te sientas y tu cuerpo solo me roza el hombro. Te miro sin levantar la cabeza, pero estás mirando al frente

con los brazos y manos apoyados en tus piernas, con el rostro serio y sereno. Me haces dudar de nuevo. De mí. De mi cuerpo. De mi experiencia. ¿Cuántas veces has hecho esto?

Pongo mis ojos en la dirección de los tuyos, quiero saber qué te tiene tan absorbido, porqué no me metes mano, vamos. Pero comienzas a sonreír y te miro descaradamente, como si no me vieras observarte, y parece que sea así porque tus ojos siguen enfocados en el mismo punto. Antes justo de apartarme, tus manos se mueven un poco, lo justo para que tu índice me roce el muslo y se me corte de nuevo la respiración.

Me siento derecha de golpe. El toque ha tenido el efecto de devolverme a la realidad. A la anticipación. Un solo roce de tu dedo.

Pasa un coche con la música puesta a todo volumen, es una canción de club, de noche, de pasarlo bien. Me desata, me relaja, me hace sonreír y querer tomar la iniciativa, sobre todo ahora que estamos parados en el semáforo de una rotonda y el coche está justo al lado, creando ambiente. Tienes la cabeza inclinada hacia mí, tus ojos fijos en mi expresión. Ya no siento tu dedo en mi muslo, pero tu aliento se acerca a mi mejilla.

El arranque del autobús nos hace chocar las carnes. Sueltas el aire como riéndote, y ya no te separas. El aire que expulsas por la nariz me envía escalofríos por todo el cuerpo. Me hace esconder el cuello entre mis hombros y cerrar las manos en puños. Tus dientes rozan la puntita de mi oreja. Empujo con mi cabeza la tuya, medio apartándote porque no aguanto las cosquillas, medio rozándome contigo. Mi nariz llega a tu cuello y huelo y me deshago por dentro. Tu piel afeitada es fina pero tersa y dura, de un rojo tostado que se va apagando contra más cerca está la piel de la camisa.

El calor es agobiante en esta parte del autobús, aunque el termómetro de la calle solo marque veinticinco grados. Me quito la chaquetilla de punto azul que llevo puesta, me paso la mano por la frente arrastrándome la grasilla y tú me chupas la sien. Me giro sorprendida, tu boca ladeada y me burbujea la risa. Sonríes como complaciente. Nos quedamos mirando. Un haz de luz intenso interrumpe el momento cegándonos. O por lo menos a mí, porque tu mano está ahora en mi nuca.

Abro los ojos, me tiras del pelo hacia atrás, tu otra mano está en el borde del respaldo de enfrente. Te miro de reojo, estás cerca admirando mi cuello desnudo, mis ojos abiertos en plenitud, mi respiración escapando por mi boca. El autobús da otro frenazo y tú no te mueves. Yo apenas caigo un poco hacia delante, me has cogido más pelo más fuerte. El pánico me hace mojar las bragas. No sé si es lubricación, sudor o gotitas de pis, espero que te guste ese sabor cuando te lo comas. Te va a pillar

por sorpresa el estrujón qué te voy a dar muy, muy cerca de la ingle...

¡Me has soltado rápido! Ahora soy yo quien tiene en su poder una zona muy delicada de tu anatomía, aunque no estoy libre del todo. El impacto te ha llevado a pasar de mi cuello a mi mano para apartar la amenaza. La mirada de seguridad, control y juego ha desaparecido. La impresión te ha durado poco, ahora tus ojos entrecerrados gritan venganza teñida de deseo. ¿Una promesa de castigo? Ya veremos. Casi estás salivando.

Sonrío.

Apartas la mano.

El momento ha pasado, yo también la aparto. Tomo una gran bocanada de aire por la nariz disimuladamente para que no lo notes y la expulsó lentamente mirando por la ventana donde veo tu reflejo, serio. La mano me pica por buscar qué esconde tu cremallera, pero la sangre me circula tan rápido que hace que me tiemblen los huesos de los dedos.

El cielo está tan claro y alegremente azul, ni siquiera estamos en el atardecer donde la noche nos puede borrar del resto y ocultar. No tengo ni siquiera esa excusa. No tengo nada excepto mi impulso, el pulso y el tuyo, que espero se esté concentrado tenuemente en un solo lugar.

Me inclino hacia tu lado para mirar disimuladamente. No puedo distinguir nada, tienes el brazo apoyado justo ahí, en el muslo y tu mano está entre tus piernas, la otra aún está sujeta al asiento delantero. Me pongo recta para tener un ángulo diferente. Nada. Mueves los dedos, los estiras y pasas las yemas por tu muslo derecho, como si intentaras borrar una mancha de los pantalones. Los cierras fuerte en un puño, los distiendes y empiezan a escalar uno a uno por los pliegues de la zona de la cremallera: el gordito se engancha en uno, el índice lo supera, repasa el camino y deja que se adelante el dedo corazón que, desde la cima, repasa la pequeña montaña.

Te miro a la cara de repente. Sigues mirando al frente pero la seriedad se ha esfumado. Me miras de reojo sin mover la ceja y te deslizas en el asiento. Tus rodillas casi inclinan el asiento delantero, lo hacen crujir. La mano la tienes justo agarrándote la ingle... ya lo veo, el pulso.

Lo acaricias con tu dedo gordo y con toda la mano. No creo que puedas seguir con la misma expresión durante mucho más tiempo. Tienes la barbilla un poco levantada pero me miras de reojo y ahora me sonríes. Tus hombros empiezan a sacudirse. No puedes haber acabado ya, es imposible. Un hombre adulto que, además, persigue y seduce tan seguro a una mujer no puede. No. No lo has hecho te estás riendo en silencio, te lo estás pasando de miedo. Me están entrando ganas de reír también y

eso me pone a la vez cachonda.

Me pregunto si será esto una cámara oculta pero del sexo, como esas películas porno que el tío que graba ofrece dinero a "cualquier" chica guapa que se encuentra por la calle...

Aprieto mis muslos, entrelazo los gemelos y los pies para dar algo de alivio a la picazón entre mis piernas. Quiero apretármelo con fuerza y arquear la espalda mientras tú me estiras de los pezones y del pelo. Reposo la espalda por completo en el respaldo. Me había absorbido el labio inferior con los dientes y la lengua, ahora seguro que está hinchado, rojo y brillante de saliva. Me meto la mano por debajo de la camiseta, me acaricio la piel por debajo del ombligo... Te miro al apoyar la cabeza en el respaldo, te lo estás pasando bien.

Miro alrededor para ver quién hay. Son todos viejos, qué raro, ¿eh? Más de uno se bajaría con una tienda de campaña tamaño familiar por pantalones si nos viera y eso me hace gracia. Mis ojos vuelven a ti y mis dedos se escurren por dentro de la cinturilla de mi pantalón.

Me tiro de las bragas hacia arriba poniendo un dedo en medio y tiro ahí con más fuerza. Cruzo las piernas, la pulsión me sube hasta el estómago y tengo que cerrar los ojos. Aflojo. Suelto y suspiro. Tienes los labios entre abiertos. Me vuelvo hacia la ventana, comienzo a pensar que, quizás, no estás a la altura, que, como en los dibujos, las sombras de lo que parece ser algo que queremos resultan ser algo totalmente diferente y ridículo.

Se me retuerce el estómago al fijarme por donde vamos, cojo aire. Estamos cerca.

Sigues con la mano en el respaldo de enfrente y también miras por la ventana. ¿Qué estarás pensando? "¿He elegido a una demasiado guarra?" ¿Querías impresionarme? ¿Te ponen las niñas asustaditas? ¿Intentarás mantenerme asustada? Mmm... ¿Cómo lo harás?

En momentos como este me recrimino no haber seguido con el ejercicio que me había propuesto y que cumplí durante dos semanas. Lo dejé poco a poco de pensamiento y el entrenamiento de un día para otro, hace como tres meses. Siempre que me ocurre esto me pregunto qué cuerpo tendría ahora. Uno más duro y contorneado seguro. Tú estás fuerte, aunque no parece de gimnasio sino entre natural y deporte o trabajo.

No sé de qué estoy más nerviosa: de meter a alguien a quien no conozco, de follar con alguien, de no gustarte o de no hacerlo bien. Creo que de lo último. Pareces demasiado seguro de ti mismo y mi seguridad se evapora contra más cerca está nuestra parada. Siempre te puedo decir que no,

acompañarte a la parada de vuelta y acabar ahí.

Noto como tu brazo se estira a lo largo del asiento rozándome los hombros, la nuca y el pelo. Tu derecha encierra el espacio apartándonos del lugar donde realmente estamos, mi respiración se normaliza. Sigues mirando tranquilo por la ventana. No son muchas paradas pero hay que cruzar un largo puente y una larga avenida. Ya estamos llegando.

Cuando me doy la vuelta me estás mirando, pareces intrigado, te indico con la mano que te bajes. No sueltas tu mano del asiento. Me levanto del mío y del frenazo caigo en el tuyo. Me agarras del brazo, tienes el cejo fruncido, sonrío y suspiro del susto. Me levanto, aprieto el botón de parada y me mantengo cogida a la barra, tú haces lo mismo en la misma, solo que un poco más arriba, pegando todo tu antebrazo hasta el codo al mío. Estás detrás de mí. Vuelvo a sentir todo el calor desprendido de tu cuerpo. El espejo retrovisor del bus nos refleja. Se para. Bajamos.

Cruzamos la calle de la avenida, vivo un par de manzanas en recto hasta llegar a un descampado, con lo que, al ser mi piso exterior, la ventana de mi dormitorio da al cielo abierto. A pesar de ser finca nueva sólo tiene cinco pisos, pero hay bastantes puertas por planta y yo estoy de alquiler. No llamo mucho la atención, soy bastante normal en todo, así que la mayoría de los vecinos no me conocen ni yo a ellos. Cuanta menos vida comunitaria mejor.

Estoy nerviosa, expectante al abrir la puerta del rellano, pues no me has tocado desde que nos hemos apeado. El patio esta fresco y oscuro, entras detrás de mí. De repente todo se ilumina y el escandaloso contador se pone a hacer su trabajo, es provisional. Me giro para ver la cara que pones cuando llevo tres escalones, pero estás mirando hacia abajo. Hay que subir por las escaleras no funciona el ascensor. Sigo. Vivo en el tercer piso, se nos acelerará un poco el ritmo del corazón. Bien. Se oyen unos resoplidos en la mitad de la primera planta.

No. La vieja del segundo con la compra de día. Te adelantas, se la coges y la llevas hasta su puerta, que te la señala. Te da las gracias sin voz, asintiendo con la cabeza. Nosotros seguimos, me pisas los talones, apenas me da tiempo a quitar la mano de la barandilla antes de tú la pongas en el mismo sitio. Subo más deprisa. Más rápido. La risa se me escapa, tengo ganas de salir corriendo hacia mi puerta al llegar al último escalón. Me controlo, pero ando deprisa, apretando las nalgas. Me sigues por detrás.

Me paro de golpe enfrente de mi puerta, los dos respiramos deprisa. Tengo las llaves en la mano, pero estoy paralizada mirándolas. Tu brazo pasa por encima de mi hombro, se apoya en el marco de la puerta. Me estás cercando. Pasas la mano por mi codo, recorres el antebrazo hasta mi muñeca. Tu pecho está muy cerca de mi espalda, tanto que nuestra ropa se roza creándome nudos en el estómago. Me acaricias la palma, los

nudillos. Tu olor me relaja y me reaviva los nervios. Guías mi mano hacia la cerradura y a medio camino, me abandonas. Giro la llave, abro la puerta y te agarro de la chaqueta. Cierras y con la otra mano me empujas contra la pared y me besas.

Abro los ojos al separarnos y sigo sin ver nada, apenas entra luz del pasillo, pero no me importa, quiero sentirte. Me has puesto muy cachonda. Tus labios me han sabido mejor de lo que deberían, tu sabor está en relieve, no hace falta que conozca bien tu carne para distinguirlo. Ahora quiero saber cómo de dura la tienes.

Te aprieto por la cintura hacia mí. Algo metálico se cae al suelo. Tú haces lo mismo. Me aprisionas contra la pared con tu cuerpo, estoy casi de puntillas, y oh, se siente tan bien. Levanto una rodilla para acercarte a mi centro, me la agarras con fuerza, me coges de la otra y me engancho a tus caderas. Ahora sí te siento, aunque no estoy del todo segura que sea lo que quería, esos pantalones crean pliegues muy confusos! Intento meter las manos entre mi pelvis y tu cintura pero no cabe. Me alejo de tu boca y me sueltas de golpe. Me agarro a la pared, nos miramos, recuperando el aire. Ahora me toca a mí.

Mientras me acerco, voy agachándome lentamente hasta que mis rodillas tocan el suelo. Estoy a la altura. Aplasto mi cara contra ti, solo mi cara. Das un paso atrás y sigo empujando, me restriego con fuerza contra tus pantalones que me hacen daño a la piel.

Estoy a cuatro patas y tu apoyado en la pared opuesta. Gateo un par de pasos, me alzo sobre las rodillas y te lamo toda la longitud marcada. La boca me saliva. La aspereza de la tela de tus pantalones la absorbe toda y me deja seca mi suave y gordita lengua. Al lamer casi puedo sentir la suavidad de la piel que envuelve tu polla. Te doy un pequeño mordisco, ¡estoy rabiosa! Me tiras del pelo para atrás y ¡me pegas en los morros!

Me acerco de nuevo, quiero liberarte. Pongo mis manos en los botones, pero me las coges con una mano y con la otra me empujas la cabeza hacia delante. Me aprietas la boca al botón de tu pantalón. Te miro, estás sonriendo al pasar mis manos por tu pecho encamisado, ¿quieres que te desabotone el pantalón con la boca?

Con tu índice levantándome la barbilla y tu pulgar apretándome el carnoso labio inferior capto la indirecta. Te lo hago saber, te lo hago saber tocándote el dedo con mi lengua. Me estás mirando fijamente la boca, me pasas el dedo por mi fila de dientes. Cierro la mandíbula. Nos quedamos inmóviles durante tres segundos y empiezo a cerrar mis labios a tu alrededor, mientras lo sacas lentamente y, entonces, me los embadurnas con mi propia saliva.

Me quedo mirando el botón, ¿cómo voy a sacarlo de ojal? No quiero que me veas dudar, así que, para tener tiempo me acerco lentamente a mi objetivo y le doy un pequeño, pegajoso y pulposo beso al trocito de metal. Sonríe y te miro, tienes los ojos medio abiertos y la mano libre colgando suelta a tu lado. No me vas a ayudar, pero ya se me ha ocurrido una idea.

Has puesto mis manos a la altura de tu ombligo quizás así te lo pierdas, así que las subo. Lo permites. Sin dejar de mirarte, agarro con los dientes la parte superior de la tela de la cintura del ojal y estiro hacia arriba, cuando se ha metido el borde del botón, tiro hacia abajo, rozando tu bajo vientre con mi nariz.

No paro. Cojo la cremallera entre mis dientes, la bajo muy poco a poco y se atasca. Miro y me doy cuenta de tus calzoncillos: son negros. Me gusta. Agito la cabeza como un perro con su juguete y baja entonces con suavidad por planos y montañas. Oh sí, ahí está estirada hacia tu lado derecho como si marcara el suroeste. Hago un intento por liberar brazos y manos. Fallo. Alzo la vista, estás serio.

Quiero quitarte todo lo que llevas de cintura para abajo y tocarte. Quiero tocarte el culo para saber cómo de duro lo tienes y cómo de peludo es. Sí. Vuelvo a intentar soltarme y esta vez me dejas libre. Me has puesto las manos a los lados de mi cabeza, quieres que me levante. Estoy de pie y me empujas bruscamente hacia la pared mientras me besas con fuerza y deseo y ansia.

No quiero volver a la situación anterior, quiero probarte. Me muero por saborear tus primeras gotitas, así que, mientras nuestras bocas están unidas, me voy deslizado poco a poco hacia abajo, con mi pelo entre tus manos.

Estoy delante de tu paquete. Sorbo la saliva en exceso. Engancho mis dedos a las cinturillas que te esconden y tiro suavemente hacia abajo y hacia los lados, a las caderas, hacia los glúteos a los que toco apenas con el pulgar, parecen estar casi tan duros como lo que tienes delante. Un tirón más y... bello púbcico negro, rizado, parece recortado y ahí, del centro hacia un lado, sale lo que muero de ganas por chupar. Meto mis dedos entre los rizos, te acaricio con las yemas a contrapelo y bajo hacia la pequeña parte que está al aire de tu polla.

Te miro, estás mirando mis manos. Introduzco los pulgares debajo y la saco con cuidado. Sueltas un suspiro de gusto. Estás liberado. No estás duro del todo. Eso me mosquea porque en cuanto me toques notarás lo mojada que estoy, me has puesto súper cachonda y tú estás a medias. Se me acaba de ocurrir una idea que hace que se evapore el enfado y la

inseguridad al instante.

Antes de que pueda hacer nada, me tiras del pelo hacia arriba, no te voy a hacer caso. Me desabrocho el botón de mis pantalones. Estás mirando. Bien. Me meto los cuatro dedos juntos por las bragas y me los paso por la entrepierna. Los saco y los alzo con cuidado. Tienes la boca medio abierta. Yo tengo la mano sobre tu polla y extiendo mi fluido a lo largo, mientras me meto la mano derecha a recoger lo que queda. Esta vez empiezo por tu punta rosada, ya está un poco húmeda por tus propias gotitas. Te la cojo y la restriego por los dedos de mi otra palma extendida, la cual muevo en círculos y empiezo a introducir tu pene por entre el espacio de mis dedos abiertos. La otra la utilizo como zambomba.

Nos miramos y, entonces, abro la boca y me quedo con la boca abierta durante unos segundos para hacerte agonizar. Empiezas a respirar superficialmente. Me lamo los labios y me introduzco el glande que atraviesa mis dos dedos en forma de tijera, y que cierro y abro para cortarte la sangre a mi voluntad.

Sin apartar la mirada, aprieto. Cierras los ojos, me tiras del pelo fuerte y tu mandíbula cae abierta sin emitir sonido. De pronto, empujas las caderas hacia delante metiéndomela hasta la garganta, me desequilibro y me agarro a tus piernas con la boca llena y tú apoyas las manos, con mi pelo aún enredado, en la pared. Parece que te has cansado de mi juego. Intento acomodarla dentro de mi boca sin vomitar y me echo un poco para atrás. Puedo notar mi propio sabor pegado a tu verga. Me encanta.

Me duelen los gemelos, así que me coloco de rodillas, a pesar de que apenas hay espacio entre tus caderas y mi cogote. Te vuelvo a coger la base con mi mano izquierda, con la otra me agarro bien de tus nalgas. Pongo los labios en posición y no me das más tregua, me follas la boca con todas tus ansias. Te paro con mi mano porque me entran arcadas y con cada arcada un pegote de saliva me chorrea por la barbilla. Gotas me recorren el cuello, otras caen directas a mi pecho. Ni a ni boca ni a mi coño les faltan lubricación.

Me coges del pelo de delante de la cabeza y tiras hacia atrás, quedándose momentáneamente tu polla sin ordeñar. Mis piernas duelen y me siento en el suelo estirándolas. Nos estamos mirando, yo tengo los ojos acuosos por lo que te veo un poco borroso, pero creo que estás apretando los dientes. Mantienes mi cabeza pegada a la pared y mi barbilla levantada, ahora veo tu polla desde abajo y guías la mano con la que aún te tengo cogido, para que caiga directa sobre mi boca totalmente abierta. Recibiéndola desde fuera: mi lengua.

Rápido me la metes y rápido me la sacas y cada vez que llega al fondo sale de dentro un sonido gutural de burbujas. Intento tocarte los huevos pero solo logro rozártelos con un dedo antes de que me aprietes más la

mano, tanto que casi me haces daño. Estás muy concentrado metiéndomela e intentando no ahogarme del todo.

Me sueltas de repente, me dejas ahí tirada, intentando recobrar el aliento. Escupo toda la saliva acumulada en mi boca, ahora mismo me da igual que sea el suelo de mi casa. Ahora mismo me da igual todo, sólo quiero que me folles. Me seco la cara, el cuello que me picaba por los goterones que me caían y el pecho. Tú estás en la pared de enfrente, justo delante de mí, ¿admirando el cuadro que estás pintando?

Estoy sin aliento pero me tengo que levantar. Me ayudo apoyándome en la pared. Estás esperando mi siguiente paso: te echo de mi casa o dejo que me folles. Ya me has dejado claro cómo lo vas a hacer.

Me quito la camiseta. Ahora empiezas a quitarte las zapatillas. Te imito. Tengo ganas de quemar los jodidos pantalones de lo que me molestan, me pican, me aprietan la piel, me ahogan. Estás quitándote la ropa, tienes algo de vello en el torso, poco más me da tiempo a ver porque te doblas para bajarte del todo los pantalones y calzoncillos y yo desaparezco de tu vista. Quiero cama, cómoda, fresquita. Dios, ¿tengo condones?

Joder, espero que lleves alguno encima. Ya estás aquí, me has encontrado rápidamente, aunque tampoco hay muchas habitaciones donde mirar. Me pillas buscando en mi mesita de noche, entre bragas y sujetadores, alguna gomita y me cae una desde el cielo. Sí, un trocito de cielo. Me giro y te sonrío. Te vas a enterar.

Soplo en la punta de tu polla después de darle un lametazo y un escalofrío te recorre entero. Voy subiendo, besando y chupando, palpando hasta tu boca. Tú también estás hambriento, nos besamos con ferocidad. Me tienes bien agarrada por la espalda y nos tiras a la cama. Quedo debajo, me muerdes el cuello, fuerte. Mi chillido queda sofocado por tu mano, ¡qué cabrón! La aparto, ¿estás sonriendo?

Me muerdes el labio, nos quedamos nariz con nariz, yo seguro que tengo el cejo fruncido pero tú tienes una sonrisa de medio lado bastante socarrante. Me das un beso. ¡Aah! Tus dedos están sobre mi clítoris, aprietan y aflojan, dan círculos alrededor. Cruzo mis piernas para apretar más, para que la presión no se vaya. No puedo, me pones una rodilla encima de la izquierda y la mantienes abierta. Te agarro la muñeca con una mano y con la otra hundo tus dedos en mi punto de placer agónico y me muerdes una teta. Te suelto y me agarro el pecho, me he llevado un susto, un poquito de dolor y placer pues me has mordido con el sujetador puesto, pero me ha gustado. Tú me coges el otro, me lo acaricias y me lo palpas con la palma. Te colocas entre mis piernas y el corazón se me acelera.

Pones las manos a los lados de mi cuello en el colchón y te levantas sobre mí. Encima de mí están tus pectorales y polla, ya dura, que me roza el estómago. La paseas por mi ombligo hacia abajo. Te arañó los costados de tu torso, respiro por la boca. Están tan contraídos los músculos de mis nalgas que creo que se me van a partir las caderas. Estás recreándote entre mis rizos, yo, mientras me utilizas como muñeca hinchable autoacariciándote, me retuerzo esperándote. Alzo las caderas para alcanzarte y así utilizarte yo también, pero entonces vuelves a subir el culo. Te tiro un bocado antes de que te acerques sonriendo a mi cara. Te ríes y bajas y me tocas y gimo. Lo estás haciendo adrede, me estás torturando.

Apoyas las rodillas en la cama y así me da en todo el centro, siento como si se me encogiera todo por dentro. Te atrapo los gemelos con mi pierna para que no te vayas a ningún lado. No llego a tu polla ni alargando la mano, pero te portas bien: colocas el prepucio justo en el agujero y entonces subes hacia arriba, por toda la abertura, hasta llegar al montículo repleto de terminaciones nerviosas.

Noto la tensión en el vientre y el fuego en la entrepierna, es casi doloroso. Me agarro a tus hombros y levanto las caderas, voy a correrme pero no quiero hacerlo antes de que me folles...

Siento una picazón en el trasero y casi no puedo respirar, ¡estoy con la cara pegada al colchón! Me estás pegando una palmada en la nalga y en la otra, en la una y en la otra y otra. Mis quejidos quedan amortiguados por tu mano que me aplasta contra la sábana. No puedo parar de retorcerme. He cerrado los ojos con fuerza y se me ha quedado el labio inferior pegado al interior de los dientes de lo fuerte que me mordía.

Me intento rascar los cachetes con los talones pero no llego. Me coges los tobillos y me giro para ver qué vas a hacerme. Estás de rodillas, tu culito cerca de mi brazo y te pego bien fuerte, con la mano bien abierta. Has dado un saltito y todo pero no te ha gustado. Me miras con el cejo fruncido y contienes la respiración. Me quedo muy quieta esperando la torta que me deje la marca durante una semana.

Pones tu mano en la parte baja de mi espalda. Empieza a aparecer una torcida sonrisa de lo más perturbadora en tu boca. Sabes cómo crear anticipación. Sin dejar de mirarme, te colocas detrás de mí. Dios. Solo puedo verte por el rabillo del ojo. Me has puesto los talones donde antes estaba tu mano y no puedo levantar apenas el busto. Respiro superficialmente. Tienes una pierna fuera de la cama y una apoyada en el colchón, es lo que mejor veo en mi encuadre de visión. ¿Qué me vas a hacer?

Me duele el cuello de intentar vigilarte, reposo la cabeza sobre mi mano y siento entonces la más leves de las caricias en el surco que separa mis

nalgas. Aprieto el trasero, no lo puedo evitar y vuelves a pasar el dedo hundiéndolo un poco más. Me aflojas los tobillos. Lo vuelves a hacer metiendo el dedo hasta el fondo por la raja, deslizándolo lentamente por ella. Al acercarse al ano contraigo el músculo, esa es zona prohibida. Me separas los cachetes con la otra mano. Estiro las piernas y al momento el placer de sentir el riego de la sangre me relaja y suspiro de satisfacción. Noto la punta de tu dedo en el agujero equivocado, sube y baja, sube y baja. Me cierro por dentro, pero mis muslos siguen relajados alrededor de tu rodilla y mientras me recorres desde el culo hasta la cintura con una mano, la otra sigue bajando, bajando.

Me tenso. Ahogo mi cara contra el colchón y los dedos de mis pies se intentan cerrar en un puño hasta que llegas a la entrada correcta. La yema de tu dedo me abre los labios, estrujo las sábanas con mis manos. Me tapas el agujero, presionas y sueltas. Me abro más de piernas, flexiono las rodillas como si fuera una rana, pero no consigo que me la metas, solo que lo ansíe más. Has puesto tus pulgares en cada uno de mis labios y presionas y gimo y me retuerzo. Giro la cabeza, no sé si quiero morderte o chuparte.

Mientras nos miramos, me metes el dedo gordo cuando el corazón está apretando mi botón. Quiero chillar. Levanto el culo y lo dejo todo expuesto, casi no puedo respirar porque tengo la cara pegada al colchón.

Das círculos dentro de mí, yo muevo las caderas para notarte más, para intensificar el contacto carne con carne, ahora soy yo quien te utiliza. Me aprietas el culo, me estiro hacia ti, me das una palmada bien fuerte que me hace gemir y tirarme hacia delante. Estoy vacía, estás gruñendo o cogiendo aire y de repente tu boca está en la mía, en la de abajo.

Mi gemido queda ahogado por las sábanas, estoy sudando, quiero más. Ni tu lengua ni tu dedo pueden llenar el hueco que necesito sentir a rebosar ahora mismo. Restriego mi culo en tu cara hasta casi tu asfixia, quiero más sin dejarte salir. Intento agarrarte entre mis piernas y me pegas y salto. Me río, ha sido divertido. Vuelvo a intentar mantenerte ahogado en mi coño entrelazando mis pies en tu nuca, pero me pones los codos sobre los gemelos, ¡joder! Cómo duele. Me los has hincado y aúllo. No los quitas, pero me sigues chupando el clítoris. Te has levantado un poco así que voy a intentar darte una coz en el muslo, no a la entrepierna porque la voy a cabalgar muy pronto. Voy a exprimerte.

Ahh, te has levantado y me das un par de apretones para aliviar el agudo dolor de tus codos, pero no te perdono: estiro la pierna y te doy en el muslo con el talón. Gruñes y me río mirándote. Se me acaba la risa cuando te coges la polla y empiezas a pajearte.

Me tienes cogida de un muslo, me voy girando poco a poco hasta quedarme sentada frente a ti, con las rodillas flexionadas y tú miembro

apuntándome al centro. Me paso los dedos por los labios, estoy muy excitada. Si me toco la montañita un poco más explotaré y todo se diluirá y ya no querré que estés aquí conmigo. Tú, un desconocido. La realidad no me inquieta el recordarla, estoy en pleno éxtasis pre-coital, deseosa y vacía. Te miro embriagada cuando comienzas a tocarte los huevos y con la otra mano te acaricias del ombligo a tus pectorales, te frotas la nuca y echas la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Estás intentando seducirme. Te tengo aquí, delante de mí y estás intentando que te desee tener aún más. Estás de pie con el somier a la altura de las rodillas y lo que quiero es pegarme a ti y pajearnos los dos poniendo tu polla entre mis labios mientras nos metemos la lengua y nos tiramos del pelo salvajemente. En cambio, me deslizo hacia atrás, quiero que tú vengas a por mí ahora.

Antes de que llegue a la pared ya me has cogido del tobillo. Me preparo para el tirón cuando apoyas la rodilla en el borde de la cama, sin embargo, trepas hacia mí, colocas un puño al lado de mi cadera y una pierna entre mis muslos, estoy apoyada sobre mis codos viendo tu avance. Arrastras mi tobillo contigo hasta que la rodilla me toca las costillas, estamos frente a frente. Colocas mi pierna sobre tu hombro y tu pene en mi entrada, jadeo. Me tensó. Tu punta se hunde un poco entre mis labios, me da un espasmo en las caderas y nos quedamos sin aire.

Te apartas bruscamente y siento un dolor intenso en la ingle que me hace encogerme. Es tu mano que no me deja libre. Te clavo el talón en el omoplato. Me la metes hasta el fondo. Me quedo paralizada por el dolor y el placer. Araño el colchón cuando me acostumbro a ti. Echo el aire que estaba conteniendo, me acaricias la zona que me habías apretado. Abro los ojos, noto como deslizas tu palma hacia mi vulva y tu dedo gordo baja hacia mi clítoris.

Oh sí. Contraigo las paredes y te estrujo. Gimes y me aprietas hasta el hueso con el dedo. Joder. Me restriego contra ti, me arqueo como una puta, veo lucecitas de lo fuerte que tengo cerrados los ojos. Siento como te vas retirando, sin prisa, hasta que la sacas del todo. Me la vas a volver a meter de golpe seguro pero te mantienes fuera, quieto, respirando entrecortadamente por la boca. Espero que no vayas a correrte. Si lo haces quiero que lo hagas dentro de ese condón dentro de mí para correrme yo también.

Alzo las caderas para conseguir rozarte la polla y vuelves a sonreír. Me coges la pierna que no tengo enganchada a tu hombro y la mueves hacia el lado contrario, llevándose la otra consigo. Me cierras las dos colocándolas de lado. Te inclinas hacia delante y yo me apoyo en mis codos, pues mantienes mis piernas cerradas con la mano, para encontrarte, alcanzarte. Te muerdo la boca y tu gruñido me deja mucho más acuosa. Bajo la cabeza hasta apoyarla en la almohada con tu labio

entre mis dientes, así que no tienes otra opción más que seguirme. Noto tu polla en la cadera que está libre. Tus manos están ocupadas aguantando tu peso. Aprovecho.

Te suelto, me escurro por debajo de tu brazo y me coloco justo detrás tuya. Si tuviera pene lo pasaría por entre tus nalgas, pero tengo vagina, así que me restriego por una de ellas. Te giras sorprendido y me encuentras disfrutando mi montada. Cachetada. Restriego todos mis fluidos por tu culo, el vello te raspa la piel. Me fascina la visión de tus huevos colgando. Te los amaso y tu frente cae en el colchón con un ahogo. Te empujo para que agaches la cadera y te des la vuelta, no te resistes, lo estás disfrutando. Tengo tus muslos cerrados entre mis piernas y tu miembro erecto inclinado hacia mi izquierda. Sonrío. Tus bolas parecen de lo más sabrosas y suaves. Las peso con una mano a la vez que te pasas y acaricias el torso sudoroso con la boca entreabierta.

Estoy sentada encima de tus muslos. Me sostengo sobre las rodillas, las abro un poco más, me deslizo hacia delante hasta pasar tu polla tiesa. Justo cuando la tengo en la mitad de mí, me abro un poco más hasta que nos rozamos. Aguantamos la respiración durante un momento. ¿Qué hago, qué hago? Bajo las caderas para que mi raja del culo sostenga tu polla. La coloco bien en medio, como la mezcla entre dos trozos de pan. Nos miro y me desabrocho el sujetador. Me rozas las tetas con las yemas, pero te voy hacer sufrir un poco.

Me inclino hacia delante cogiéndote de las muñecas, apretando bien las nalgas para que no te salgas cuando baje las caderas. Mi sudor hace el papel de lubricante, subo y bajo suavemente. Mis pezones rozan tu piel y cada vez los tengo más duros por las cosquillas que tu vello hirsuto me produce. Como no puedo rascarme acabo restregándome desde tus costillas hasta tus pectorales, desde el final de la raja hasta el principio del coño. Sigo el mismo camino con mi lengua que el de mis pechos y al retirarme te soplo. Así hasta que no puedo más. Tumbada ya totalmente encima de ti, sueltas tus manos, me agarras fuerte de la cintura para que deje de moverme. Te doy unos segundos y meto la punta de tu pene en mi entrada, jadeo, me pellizcas y ya no la dejo salir.

Voy metiéndomela a empujoncitos. La quiero notar bien toda entera, poco a poco. Tú me la quieres meter de golpe. Me retiro, me estrujas la carne del culo, no te ha gustado. Me levanto quedándome sobre las rodillas y bajo, llenándome de tu carne por completo.

Al flexionar tus rodillas, me siento como si estuviera sentada en un trono, cogiendo todo lo que me place. Aspiramos profundamente, durante el sexo es como si se me anularan todos los sentidos excepto el del tacto, porque no huelo nada. Clavo las uñas en tu vientre y comienzo a

cabalgarte.

Te siento por todo mi alrededor. El alivio de tenerte por fin se ha pasado y el deseo de sentirte golpearme por dentro me enloquece. Quieta, en la misma posición, comienzo a mover las caderas hacia delante, hacia atrás, restregándome. Alzo los brazos al techo, cierro los ojos durante un momento, saboreando lo que me produce la sensación de tu miembro masajeándome por dentro.

Noto cómo se tensan tus músculos y abro los ojos, estás alzándote para meterte mi pezón en la boca. Siento ese cosquilleo en cuanto tu lengua toca mi piel rugosa, esa descarga, vibración al que todo punto erógeno está unido y que tú llenas ahora. Arqueo la espalda, gimo, muevo las caderas y empujo mi teta más hondo en tu boca con mis manos en tu nuca. Me aprietas los pechos como si fueran pellejos de vino. Duele y aúllo y te separo empujándote por la mandíbula con una mueca de rabia, mientras acelero el movimiento de caderas sin que salgas de mí. Estoy en ese momento en el que no pararía hasta llegar al total estremecimiento de mi cuerpo expandiéndose desde mi centro hastamis dedos. Me pones las manos en las caderas y las nuevas más deprisa, tienes los dientes apretados, estamos los dos sudando, siento el golpe del balanceo en el lugar más perfecto casi llegando al ombligo. Si me tocas... Si me tocas un poco, aunque sea, ahora.

Estás encima. Estoy tumbada en la cama. Del golpe, gotas del sudor de tu frente han caído en mi cara. Sales y aspiro aire bruscamente. Me estás mirando el coño y le das un par de rapiditas palmadas a mi clítoris y me sobreviene una picazón insoportable. Cierro rápido las piernas, gimiendo. Me empujas hacia atrás y la cama se acaba. Me agarro al colchón desnudo, te ríes. Te bajas de la cama y te colocas justo detrás de mi cabeza que está colgando por el borde. Me pones una mano en la frente cuando intento levantarme, tú tienes otros planes, ¿verdad? Así que flexiono mi cuello para que caiga relajado, lo acaricias y sonrío porque parece que me estés haciendo una paja y eso me gusta. Saco la lengua, tienes el condón lleno de restos y me los vas a hacer tragar, y lo estoy deseando.

Me pones la puntita al alcance y la rodeo dando círculos con la puntita de mi lengua. La apartas, la escondo y me pegas con toda la verga en la boca que cierro prietamente, como los ojos. Jadeas. Me retumban los dientes. Noto un apretón en el pecho izquierdo y me quejo con la boca y los ojos cerrados, los abro cuando siento tu muslo pegado a mi hombro, lo que me encuentro es con tu culito peludito en mi nariz. Pones la otra pierna al otro lado, podrías ahogarme si quisieras, asfixiarme mientras te pajeas y me haces sucumbir al que sería mi último deseo: correrme hasta morir.

Me juntas las tetas, me las frotas y me remuevo. Es casi doloroso sentir los músculos del pecho tocándose. Entonces, flexionas las rodillas y metes

el miembro entre mis montañitas, lo que me hace sentirme bien enseguida porque puedas unir las para pajearte, para formar un túnel del placer.

Te abro el culo, no puedo evitarlo. Te encoges y me pegas en el coño y cierro las piernas automáticamente. Te muerdo una nalga que hace que se te vaya la polla hasta mi ombligo. Me vuelves a pegar. Te pego en respuesta dejándote la marca de mi palma, ojalá se te quede durante una semana. ¡Me pegas en la barriga! Y te apartas mientras yo aún estoy con la boca abierta. Te la veo, la tienes muy rojita, estás a punto de nieve.

Te colocas de rodillas sobre la cama y me das la vuelta. Te oigo sorber el aire mientras me amasas las nalgas, me las abres y cierras, me aprietas y pellizcas, ¡duele! Y me plantas la mano y salto y pego un gritito. Me giro y te planto la mía en el brazo, te ríes. Me das golpecitos en el cachete, en la curva final.

Mi carne baila, me da vergüenza y la aprieto. Te ríes a gusto y me das otra torta. Me ha picado pero seguro que a ti también porque seguía con los músculos contraídos. No puedo ni sonreír porque estás detrás de mí y me has abierto los muslos con tu rodilla y no paras de recorrerme la piel, de la cintura hasta las caderas, desde el hueco de mi espina dorsal hasta el surco que separa mis piernas. Expulsas el aire por la boca. Me coges de la pelvis y tiras hacia arriba, poniéndome a cuatro patas. No voy a aguantar mucho más. Asomo la cabeza por mi hombro, impaciente. Tiro el culo para atrás hacia tu polla dura, larga y sucia.

Métemela ya. Gimo, me abres, me acaricias los labios hinchados, me acaricias la grieta. Jadeo sin que nada sofoque mi agonía, pues mi cabeza sigue colgando por el borde y lo único que veo son el rastro de las huellas del sudor que has dejado en el suelo. Me complace ver que tú también has sufrido.

Se me corta la respiración. Tu punta roza mi agujero goteante, juega en los bordes hinchados de alrededor hasta que noto la presión en la entrada. Te quedas ahí un instante, agarrando mi carne fuertemente, mientras expulso el aire que contenía. Me vas penetrando poco a poco, inspiras por la boca, contraigo las paredes alrededor de tu miembro y cuanto más contraigo más fuerte es tu agarre.

Me giro, quiero ver lo que sufres haciéndome sufrir, e intentando averiguar cuánto de ese sudor es de placer y cuánto de dolor. Estás concentrado mirando como tu pene entra en mi vagina, poco a poco. De una sacudida me la trago entera y la saco hasta la mitad en un instante. Los dos suspiramos de placer a la vez. Y sigues, a un ritmo constante y delicioso que me hace notarte entero por dentro.

Cada vez que me penetras hasta la base tocas una parte que tiene que estar conectada directamente con el clítoris y cada vez me tenso más. Subo y bajo el culo cuando tú entras, mis pies están enroscados en tus tobillos y nos abro a ambos más de piernas. Quiero más de ti dentro de mí. Empiezas a dar muy fuerte, sacudiéndome entera. Me arqueo aún más, colocando los hombros en el borde, estiro los brazos hacia atrás y me los coges, como si fueran las riendas de un caballo. Mi cabeza, sin soporte, colgando con la boca abierta, seca y el culo en pompa todo para ti, todo para mí.

El placer se empieza a extender hacia mi vientre. Gimo y me muevo contigo tan rápido como puedo. El ruido de mis secreciones me da vergüenza y me pone cachonda. Muevo el culo en círculos y me quedo sin respiración. Me sueltas los brazos, me agarro del borde y me pones los dedos en el lugar perfecto. Siento tus brazos sudando. Tus yemas juntitas haciendo círculos sin parar y moviendo mis caderas para no dejar de montar.

Te exprimo el máximo. Caes sobre mí, agarrándome un pecho, aplastando tu mano sobre mi clítoris sin parar de follarme. Y exploto. Me tiras del pelo hacia atrás y grito. Es todo demasiado. Sigues rápido, tu mano no para y el pelo no lo sueltas. El orgasmo me sacude, tiemblo, no veo nada, jadeo y gimo, se me pone toda la piel de gallina. Solo siento placer, el dolor, tu cuerpo.

Me voy relajando y tú también conmigo. Me sueltas de golpe la cabeza y apoyo mi nariz en el colchón, aliviada por el fin del sometimiento de mi cuello hacia atrás. Mueves lentamente las caderas, quitas tu mano de mi montículo y la colocas sobre mi nariz y boca entreabierta. Lo huelo. Lo chupo. Me mordisqueas el hombro. Ahora estoy en ese momento en el que todo lo siento intensificado, en la vagina me queda esa reminiscencia del placer que puedo disfrutar durante un buen rato más, aunque sabiendo que no conseguiré otro orgasmo. Solo quiero saborearlo un ratito más, recrearme en la sensación de culminación, de estar llena, pero...

Te retiras de golpe. Me abres sin miramiento de nuevo y me lames. Me metes la lengua hasta que te quedas sin aire, enterrada tu nariz en mi ano por mis nalgas. Me lames desde el principio de la vulva repleta de pelo hasta el final de la columna. Me muerdes fuerte, salto y chilló. Me das una torta justo en el mordisco. Sorbes por tu boca el aire, mis secreciones y tu saliva con los dientes apretados. Me giras y quedo con la espalda en el duro colchón.

La luz que entra por la ventana me ciega durante un momento después de tanta tenuidad mirando al suelo. Te quiero coger la polla, sentirla en mi mano, besar tus huevos, pero no me dejas. Te bajas de la cama, me apoyo en los codos para ver lo que vas a hacer, me duele el cuello ya. Me

pones una mano en la frente y otra en el codo y me echas hacia atrás la cabeza. No me había dado cuenta de que tú aún no has acabado.

Tu polla está sobre mi nariz, rodeada de mis viscosidades pegadas al condón. Me abres la boca con el dedo pulgar y la metes dentro. Intento abrir todo lo que puedo la garganta. Te oigo jadear y gorgorear. Puedo saborearme y ahora me resulta asqueroso, pero me pone que me obligues a esto. Estoy bastante insípida aunque huele a coño y tiene la textura de la mucosidad de los huevos pasados por agua.

Me agarras de los pechos mientras sigues metiéndomela. Paras de moverte, te quedas sin aire. Te pones recto y respiras profundamente. Te miro sin pestañear, no quiero perderme tu lucha para no correrte. Me acaricias la cara. Te quitas el condón enrollándolo sobre sí mismo y lo dejas caer al suelo. Nos miramos fijamente y con suavidad me la vuelves a introducir en la boca. Tengo los labios y la saliva preparada. Sabe salado, y dulce por el lubricante. Gimes, te apoyas en mi esternón y me la metes tan de sopetón y tan hondo que me provocas arcadas. La saliva empieza a chorrear por la mejilla.

Empiezas a estremecerte y a dar sacudidas que me trago. Hay un nuevo sabor en mi lengua, casi no puedo respirar de la presión de tu peso en mi pecho, el dolor de mi cuello y el tapón en mi boca. Las lágrimas se me deslizan hasta el cabello. Te tensas, me estrujas la carne de las costillas y me preparo para el chorro.

Cae sobre mi lengua el final de tu placer. Te oigo jadear, te quedas inmóvil unos segundos. Te levantas sin salir de mi boca. Me agarras del codo de nuevo y la sacas y la estrujas. Mi nariz roza tus huevos tan tensos y la vuelves a introducir por mi boca en forma de ano delantero, que cierro en torno a ti y gimes y tu polla vuelve a escupir.

Mi mano está acomodada en tu trasero para mantenerte bien pegado, quiero ordeñarte bien, con la otra me agarro a las sábanas y al colchón para no caerme. Te relajas y la vas sacando poco a poco y mis labios la van saboreando como si lo que sacaras fuera un Chupa Chups.

Nos quedamos mirando con total honestidad. Acabada la locura del placer somos dos extraños con un secreto, una pequeña aventura cometida juntos. Abro poco a poco la boca, desde ahí arriba parecerá una cueva llena de una extraña agua viscosa y espesa. Sonríes. Subo la lengua que retiene nuestros fluidos, nuestro placer y lo expulso con los labios: corridas y saliva caen desde comisuras hasta las sienes.

Y así, con boca seria y satisfacción en los ojos, te marchas. Sigo tus pasos sin moverme. Veo tus piernas hasta el umbral de la habitación, las oigo hasta mi recibidor que sigue a oscuras. Sacudes la ropa, te pones los zapatos. Me rasco la mejilla, encuentras la cerradura, reulo en la cama.

Cierras la puerta y apoyo de nuevo, por fin, la cabeza en la cama.

Estoy tranquila y vacía. Serena. Y estupefacta y me pregunto, casi al son de mis sueños, si nos volveremos a ver, si me girarás la cara o si lo haré yo.